

QUIRÓS CASTILLO, Juan Antonio (ed.), *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania. Arqueología del campesinado en el interior peninsular*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2013, 432 pp, ISBN: 978-84-9860-889-2.

Desde hace años, la investigación arqueológica sobre la Alta Edad Media en la península ibérica está generando nuevas vías de interpretación y también interrogantes. En buena medida, esta renovación de las perspectivas sobre el periodo ha venido de la mano de la iniciativa de determinados grupos de investigación. Precisamente la labor de Juan Antonio Quirós, editor de este volumen y director del Grupo de Investigación en Paisajes Culturales y Patrimonio, en los últimos años es una muestra de ello. Pero es mucho más significativa la aportación de la arqueología de gestión o preventiva. Al calor del boom inmobiliario y de las infraestructuras en los años a caballo del cambio de milenio, se ejecutaron miles de trabajos arqueológicos, que proporcionaron innumerables datos. La época altomedieval, hasta entonces escasamente visible desde el punto de vista arqueológico, se benefició de ese impulso. Sin embargo, las condiciones en las que se desarrollaba –y desarrolla– la arqueología preventiva dificultan, cuando no impiden, el tratamiento de los datos para la construcción de explicaciones sobre el pasado. Dicho de otra manera, el enorme esfuerzo de destrucción generó una masa de datos que, por desgracia, no se tradujo en una masa crítica para la discusión científica. La crisis económica paralizó ese ritmo de destrucción y posiblemente hizo quebrar un modelo de trabajo arqueológico que era insostenible. En esa situación, como acertadamente señala el editor, resulta necesario detenerse y analizar la infor-

mación acumulada y postergada en los archivos de las instituciones encargadas de la gestión del patrimonio, para construir explicaciones sobre el periodo altomedieval. Este libro parte de esa consideración y supone un ejemplo de las posibilidades que se abre con la recuperación de todo ese material, a pesar de las deficiencias que pueda tener.

El volumen se organiza en una serie de estudios específicos, a los que se suma una presentación y un capítulo final de carácter interpretativo. En la presentación, Juan Antonio Quirós se encarga de realizar un completo repaso a los datos existentes sobre el objeto de estudio, que es el poblamiento rural de época visigoda en el interior peninsular. A través de las referencias a trabajos ya realizados, se reconstruyen acertadamente los logros, los problemas y los límites de nuestro conocimiento sobre este objeto de estudio. Sin embargo, el libro va mucho más allá. Así en una segunda parte, que, a pesar de su aridez, constituye una de las aportaciones más sobresalientes del libro, se presentan once casos de asentamientos rurales conocidos gracias a intervenciones efectuadas por empresas de arqueología, como Strato o Área, entre los años 1996 y 2009. Cinco de estos lugares se hallan en la meseta del Duero (Canto Blanco, Ladera de los Prados, Cárcava de la Peladera, Navamboal y Mata del Palomar), mientras que otros siete se emplazan en la región de Madrid (Gózquez, El Pelicano, La Indiana, El Soto/Encadenado, La Huelga y Congosto). En cuanto a su categorización, y siguiendo el modelo ensayado por Alfonso Vigil-Escalera en sus trabajos sobre Madrid, ocho se caracterizan como aldeas y tres como granjas. Todos ellos se presentan con una ficha uniforme, aunque es evidente que hay diferencias en la calidad de los datos y en la presentación de los mismos. En cualquier caso, se trata de una aportación empírica de gran valor, sobre la que se construye, junto con la comparación de otros casos, la explicación sobre el poblamiento rural.

La presentación de los datos de cada uno de los yacimientos viene acompañada de una serie de estudios temáticos específicos. Esta opción permite observar con mayor claridad las aportaciones parciales de la información empírica procedente de los sitios estudiados, gracias a la labor de especialistas en esas materias. De esta manera, se generan interpretaciones de gran interés. Tal es el caso, del estudio que lleva a cabo Alfonso Vigil-Escalera acerca de las prácticas y ritos funerarios. El punto de partida es la superación de los planteamientos etnicistas, que han predominado en el análisis del registro funerario altomedieval, para lo cual se lleva a cabo una inteligente relectura de los datos existentes. Tras esa síntesis, se nos ofrece un acercamiento innovador basado, como indica el autor, en la necesidad de abordar los contextos funerarios en estrecha relación con el espacio ocupado y explotado por los vivos (p. 267). El resultado es una imagen compleja, en la que conviven necrópolis comunitarias, con una ocupación plurisecular y que debieron ser un foco relevante en la identidad de esas comunidades, sepulturas aisladas, que conviven con las anteriores, y cuyo significado no se vincula siempre con estrategias de relegación, e inhumaciones en estructuras no funerarias, que podrían responder a diversas iniciativas. Un mundo funerario plural, que responde también a unas sociedades locales muy diversas.

El segundo de estos análisis se refiere a la arquitectura doméstica y corre a cargo de Carlos Tejerizo. Aquí los datos de los yacimientos del interior peninsular son estudiados dentro de un contexto de escala europea. La presencia masiva de fondos de cabaña en los lugares que forman la base empírica del libro, encaja con un modelo ampliamente documentado en Europa, con edificios multifuncionales y procesos constructivos relativamente sencillos. Estas edificaciones, cuyos periodos de uso no parecen demasiado extensos, coexistían con estructuras aéreas, buena parte de las cuales podían haber servido como almacenes. Por el contrario, no se atestiguan *longhouses*, que en el sur de Europa parecen vincularse a edificaciones de elite, que no aparecen en los casos de estudio. En cualquier caso, la evidencia parece indicar una adaptación a los ciclos constructivos y a las cadenas productivas campesinas. Carlos Tejerizo subraya la tensión existente entre el grupo familiar y la comunidad, e igualmente hace hincapié en el hecho de que las aldeas madrileñas presentan mayor complejidad que las meseteñas.

Idoia Grau se encarga de analizar el registro faunístico procedente de los casos estudiados, dentro de una línea de trabajo que otorga una gran importancia a estos materiales como vía de acercamiento a la economía y a los medios de subsistencia de estas poblaciones. El resultado de la indagación es que nos encontramos con un panorama semejante al que otros autores ya habían dibujado para este periodo: una economía de tipo mixto, que combina la agricultura y la ganadería. Dentro de esta, se detecta el dominio del ganado caprino, aunque también destaca el papel del ganado vacuno, lo que posiblemente tenga que ver con estrategias tendentes a la limitación de los riesgos. La conclusión es que existe una actividad ganadera intensa, compleja y no especializada, que podría haber incluido movimientos transterminantes, en una línea semejante a la que atestiguan las leyes visigodas.

Begoña Hernández Beloqui, Francesc Burjachs y María José Iriarte Chiapusso plantean el estudio del registro paleopalínológico. Aquí las evidencias utilizadas no se limitan a los yacimientos objeto de estudio sino que se incluyen otros datos, procedentes tanto de depósitos naturales como arqueológicos. Los resultados muestran la degradación de las masas boscosas, posiblemente por la presión antropizadora relacionada con la expansión de la ganadería. Pero también se observa la presencia de una importante actividad agraria, que se asocia a una economía mixta agroganadera y a un fuerte cambio del paisaje rural en este periodo, aspectos que pueden compararse con los excelentes resultados de los estudios efectuados por el equipo de José Antonio López Sáez en el Sistema Central.

El libro termina con un capítulo firmado por Juan Antonio Quirós y Alfonso Vigil-Escalera, cuyo objetivo es dar una interpretación de los procesos que se identifican en el registro arqueológico de los asentamientos rurales de época visigoda en el interior peninsular. Para ello, se hacen una serie de apreciaciones metodológicas, destacando la necesidad de no absolutizar las dataciones radiocarbónicas. En cualquier caso, el afinamiento cronológico es mucho mayor en los asentamientos madrileños frente a lo que ocurre en la meseta del Duero. En el texto se indican algunos factores

que explican la morfología de los asentamientos, como la cercanía a los recursos naturales del entorno o la existencia de ciclos generacionales de las estructuras, en los cuales se debieron reutilizar materiales constructivos, al menos en zonas donde la piedra era escasa –lo que contrasta con lo que sucedía con el suroeste de la meseta del Duero. También se pone de manifiesto el papel de las necrópolis como escenarios de la memoria de la comunidad.

Ahora bien, el punto fuerte del trabajo es la consideración de los enclaves campesinos como parte integrante de un sistema político y socioeconómico complejo que se articula en redes económicas que funcionan a varias escalas. Aspectos como la presencia de fraguas y talleres dedicados a la metalurgia, de vajilla de vidrio o de producciones que demuestran cierta sofisticación (viñedo, olivo) son indicios de estrategias campesinas de cierta complejidad, aunque quizá no orientadas hacia la comercialización. Son huellas de la existencia de flujos económicos y sociales que se dirigen hacia unas comunidades campesinas que no son autárquicas sino que se conectan en redes con otras realidades. En ese punto, entra el dato de las pizarras inscritas que aparecen en determinados asentamientos campesinos; posiblemente estemos ante otro marcador de poder social en estos contextos. La idea principal es, por tanto, la creación de redes de aldeas, articuladas en una estructura jerárquica y cuyo origen en el siglo V surgió de las transformaciones de las estructuras de la propiedad, siguiendo la hipótesis planteada por Chris Wickham sobre el trasvase de la gestión de la actividad campesina a las propias comunidades. Estas aldeas generadas como consecuencia del colapso del sistema romano formaban parte de un patrón social, cuya ruptura tuvo consecuencias en el abandono de tales lugares. En la región de Madrid, los asentamientos dejaron de ser funcionales con la implementación del proceso de islamización. Pero al norte del Duero, hay algunos que se ocupan más allá del siglo VIII (Canto Blanco, Valdelaguna), síntoma de la permanencia de algunas de estas redes, si bien se conocen asentamientos que no superaron el periodo visigodo y otros que se crearon con posterioridad. Todo ello invita a pensar en términos de fuerte dinamismo.

Este rápido resumen de los contenidos nos muestra un libro muy coherente y con un armazón metodológico extraordinariamente coherente. El objetivo, como el propio título indica, es realizar una arqueología del campesinado, es decir una arqueología alejada de las elites y los monumentos, aunque el concepto campesinado continúa siendo demasiado ambiguo. Tanto las fichas de los yacimientos como los análisis parciales son de enorme interés y poseen por sí mismos un gran valor para cualquier investigación futura. La hipótesis de las redes de aldeas y de su integración dentro de estructuras complejas ya había sido expuesta en otras ocasiones, aunque aquí cobra un mayor desarrollo gracias a los datos sobre varios yacimientos. Sin embargo, la cuestión es el alcance real de las redes de aldeas, pues es posible que hubiera otros tipos de patrones. Es cierto que el libro nos presenta claras evidencias de esas aldeas en la meseta del Duero y sobre todo en el sur de Madrid, pero habría que preguntarse si este proceso es generalizado. De hecho, el patrón admite una fuerte diversidad, ya que los datos de la meseta del Duero y de Madrid ponen de relieve esas diferencias. E incluso cabe preguntarse si hubo redes de aldeas en toda esta amplia región que cons-

tituye el valle del Duero. Otra pregunta es si la génesis de la aldea se vincula necesariamente a los cambios en la gestión de la propiedad o si hay otras posibles causas e incluso si podemos detectar realmente ese cambio en la gestión.

Cuestiones que, no obstante, avalan un libro por muchas razones indispensable para el conocimiento de los procesos sociales que se verificaron en la Alta Edad Media en Hispania y que las sitúa en un contexto más general, superando además el análisis regional. Un volumen que abre o desarrolla líneas argumentales basadas en una sólida base empírica, y cuyas aportaciones, a pesar de los debates que pueden generarse o posiblemente gracias a ellos, son de enorme relevancia. Otra cosa bien distinta es que estas discusiones lleguen al terreno de los manuales sobre el periodo, donde la arqueología, al menos en lo que respecta a la península ibérica, continúa siendo una materia marginal.

Iñaki MARTÍN VISO
Universidad de Salamanca